

A QUEST FOR LIGHT.

La visión, ha escrito un científico especializado en la psicología de la percepción visual, precisa no solo del ojo, la luz exterior y la refracción solar, sino también de la luz interior, esa luz que transforma la sensación cruda, el hiriente embate tonal, en percepción dotada de significado. La luz de la mente, podríamos decir, considerada como el complemento necesario de la luz natural en la empresa de crear un referente inteligible. Este es el núcleo teórico imprescindible para entender la secuencia de estelas lumínicas que nos propone Wilfried Prager en la muestra que presentamos. La luz entendida como el estímulo protagonista en un proceso de asociaciones formales que activan y vivifican afinidades y encuentros de belleza extraordinaria.

La luz, en efecto, venerada como una deidad omnipotente y huidiza, como la imagen inaprensible de una naturaleza trascendente y suprasensorial. Luz más luz fueron las últimas palabras de Goethe; el sol es Dios, el extremo aliento de Turner. Las mitologías de las tradiciones históricas insisten en las consecuencias de la descomposición del impacto de la luz: abundan los relatos míticos o intemporales acerca del sol, la luna, las estrellas y el fuego. Con su contrapartida magnética: el arcoíris y la aurora. Las características de una cultura, es cierto, aparecen reflejadas en la imagen compartida y deslumbradora de la luz, el espacio ideal para la conjura silenciosa entre naturaleza y mente.

La vida de la luz viene a ser el correlato comprensible y cercano de la realidad de las formas sensibles que alumbran, nunca más claro, el espacio plástico de las imágenes. Vayamos a un ejemplo diáfano. Un tráfuga centroeuropeo de excepción, el renano Albert Vigoleis Thelen, en su olvidada novela del exilio en Palma en los años duros de entreguerras - *Die Insel des zweiten Gesichts. Aus den angewandten Erinnerungen des Vigoleis-*, nos relata su impresión a la vista de la costa balear encendida por el sol poniente que la transfigura en formas de color. En la isla, confiesa, “me sentí más fascinado por la luz que por sus raros habitantes. Pues sí, no es habitual hablar al lector de la consanguineidad de la luz. Entendiendo por tan extraña noción las peculiaridades de la luminosidad que se producen cuando se mezclan entre sí las diferentes calidades de las sombras. Las sombras proyectadas y las sombras propias, sombras completas y semisombras que se acoplan entre sí de manera regular y de ese modo crean, a partir de la oscuridad, el enigma de la luz insular que desconcierta al viajero. Numerosos pintores del mundo entero no creían lo que veían sus ojos cuando contemplaron esta visión por vez primera.”

La secuencia de imágenes brillantes y deslumbradoras que alinea en esta ocasión Wilfried Prager en una estela de luz sobre el tiempo, tiene algo de perturbador, de sutil experimentación a propósito del color que reproduce con sus gradaciones decisivas la intensidad lumínica, pero que también descubre a su vez,

quizás en un registro disimulado a la mirada superficial, la obstinada y silenciosa fascinación del artista por la naturaleza del paisaje. Una larga y cuidadosa reflexión de esas equívocas figuraciones a lo largo de la tradición del arte. Prager es un artista contemporáneo que ha sobrepuesto lucidamente sus obras al paso agresivo de los *ismos* narrativos que jalonan e incluso enturbian innecesariamente la historia del arte moderno, las huellas transparentes de diversas y contradictorias maneras de hacer mundos sensibles y saber relatarlas en un despliegue temporal de imágenes-modelo.

En el caso de Prager, destaca un razonable escepticismo sazonado por cierta ironía formal que apunta sin duda a la biografía singular del pintor: austríaco de origen, formado en París y educado en la exigente cultura del color. Nacido en 1964 en París, en efecto, y crecido al calor de una familia de raíces centroeuropeas -aquél *mundo de ayer*, retratado con incisiva destreza por Stefan Zweig- lanzado a un mundo cosmopolita y políglota en el que el padre, adscrito al servicio diplomático de la UNESCO, marcaba enérgicamente un horizonte de difíciles alternativas culturales. La obra de Wilfried Prager demuestra una vez más las posibilidades infinitas de la asimilación creativa de universos expresivos cuidadosamente seleccionados.

La influencia latente de Alena Kucerova y Miloslav Moucha, entre los artistas amigos checos, aventura la tenue luz crepuscular que ilumina los paisajes primeros de Prager, las siluetas apenas esbozadas que se disuelven en manchas de color

sin alcanzar una precisa definición figurativa. Paisajes otoñales de la campiña francesa, desde luego, pero también paisajes de la memoria enraizados en la imaginación romántica de un proyecto todavía difuso. La experiencia artística de Wilfried Prager se debate así, dramáticamente al parecer, en los confines de un dilema de representación sustantivo: forma o experimentación. Historia o autónomo hallazgo plástico. Sometido, además, a dolorosas restricciones que traslucen una punzante apreciación formal. La querencia solo disimulada a medias, insisto, por el paisajismo romántico.

Las figuras entre sombras pueblan continuados apuntes certeros sobre la naturaleza, en rigurosa escala cromática y sabia selección de modelos de abstracción –el destino del arte-, y proponen una temprana lectura vanguardista centrada en la geometría lumínica –Kandinsky, Klee, Mondrian-, a la par que se sumergen en las variables formales del color adelantadas por la expresividad abstracta neoyorkina, de sencilla verificación visual. Quizás sobresale la presencia poderosa de Frank Stella –*Inversión*, 1992, y basta con un ejemplo-, pero también la ardua indagación del espacio-luz que explica, y justifica, las diversas tentativas ilusorias acerca de una “ciencia pura del color”. Un arte de la melancolía, si bien se mira, ensimismado en el discernimiento de cómo el arte rectifica y mejora la naturaleza, si todavía podemos hablar así. Pero a sí mismo, y no es un efecto menor, el arte doblegado a la fantasía y el descubrimiento fractal del enigma-luz, esa incógnita insoluble que condiciona la mirada del tiempo.

El arte de Prager se transfigura paradójicamente ahora, vaya por donde, en una cámara activa de sensaciones cromáticas siempre matizadas por la luz, que controla los extremos y asegura la tensión expresiva. Un universo de signos-luz que recurren al color como el soporte necesario para su definición en calidad de formas de arte. En definitiva la trayectoria desbordante de motivos-luz presentada por Wilfried Prager en esta exposición, aspira a ser algo más que el índice de hábiles oscilaciones en el espectro gradual que media entre luz y sombra. Nos muestra más bien una inédita escala de valores formales que convierten la expresión plástica de la luz en un arriesgado despliegue de momentos de visión. El diálogo quizás inaprensible entre el ojo y la mente, dicho a la manera clásica de Leonardo y Durero. El cerebro alerta frente a la desbordada percepción retiniana. El eterno debate de la pintura, sencillamente.

J.F. YVARS

Londres, verano de 2015.